

\* N° 24 \*

# G. NAZARLI EL TRAIIDOR



*Xigüello*  
32

*a novela  
proletaria*



Ayuntamiento de Madrid

25 cts



E

NOV

Ayuntamiento de Madrid

# EL TRAI D O R

NOVELA REVOLUCIONARIA CAUCASIANA

POR

G. NAZARLI



LA NOVELA PROLETARIA

R O M A , 4 1

M A D R I D

Ayuntamiento de Madrid


IMPRENTA CAMPOS  
Pedro Heredia, 1 duplicado.  
MADRID

EXPOSICION  
UNIVERSAL  
DE 1877


E

L  
que  
bre  
min  
jaro,  
cara  
tos  
pila  
bast  
te q  
ban  
naba  
tanc  
trás  
dos  
gota





# EL TRAI D O R



La fábrica pertenecía a Selim-bek. Este era de pequeña talla y tripudo; parecía una perra gorda sobre dos palitos. A partir de la cintura, su cuerpo disminuía, terminando en una cabeza pequeña, de pájaro, cubierta por un gorro de piel de oveja. En la cara de Selim-bek no se veía más que ojos, pequeños y fijos, como los de las serpientes, y cuyas pupilas nunca se movían. El pantalón y el chaleco no bastaban para cubrir la panza de Selim-bek; de suerte que entre estas dos prendas asomaba una ancha banda de la camisa amarilla. Cuando Selim-bek caminaba balanceaba sus manos como si estuviera espantando las moscas de su vientre y echándoselas detrás. En sus gruesos dedos llevaba anillos adornados con piedras preciosas. Los rubíes parecían allí gotas de sangre fresca.

La mirada fija y malvada de Selim-bek era el terror de los obreros. Su voz aguda de patrono les hacía temblar. Le saludaban respetuosamente y se apartaban, como si Selim-bek no fuera un hombre, sino un tonel de pólvora siempre dispuesto a explotar.

Selim-bek iba pocas veces a la fábrica, y cuando lo hacía era para gritar con su voz penetrante. Gritaba porque los obreros reclamaban sus jornales y no querían esperar. Decía que los obreros le estaban arruinando y amenazaba con echarlos a todos y dejarles morir de hambre.

Los obreros se quedaban confundidos, mirando asustados y escuchando la voz odiada, la voz malvada de Selim-bek. Creían verdaderamente que el patrón sólo les toleraba allí por benevolencia, y que cuando se agotase su paciencia allí ocurriría alguna catástrofe.

Después de haberlos asustado, Selim-bek daba las órdenes al capataz y al mecánico, que le escuchaban respetuosamente inclinados; luego se iba sin prisas, con un paso imponente.

\* \* \*

Sólo había un hombre que no temía a Selim-bek. Este era el joven mecánico Mokharram. Su cara era expresiva y tenía unos ojos vivos, en los que siempre ardían unas llamas alegres. Mokharram no temía al patrono ni le demostraba un respeto especial.

Cuando la voz chillona de Selim-bek se perdió a lo lejos, Mokharram silbó con satisfacción y lanzó al techo su vieja gorra de piel.

El mecánico Salman, viejo y taciturno, no aprobaba los modales de su ayudante. Se encogió todavía más y murmuró, malhumorado:

—No debías tratar así al patrono.

—¿Por qué?—preguntó el joven sinceramente sorprendido.

—Hay que respetar al patrono—dijo el viejo mecánico sentenciosamente.

—¿Por que?

—Porque el patrono es un hombre rico... él lo es todo, y nosotros, tú y yo, ¿qué somos? El polvo del camino... El viento nos lleva un día aquí y otro allí. Nadie se fija en nosotros, nadie escucha nuestras quejas. Pero el patrono es un hombre conside-



nable. Dependemos de él; él es quien nos mantiene a todos. Por eso debemos respetarle.

—¿Y si es un hombre malo?

—El hombre rico nunca puede ser malo: hace mucho más bien que todos nosotros.

Mokharram escuchaba atentamente, con cara seria. Pero sus labios apretados obstinadamente decían que él seguía en su idea.

El obrero Kurban pasaba lentamente delante de la puerta de la sala de máquinas, encorvado bajo el peso de cien kilos de algodón. El sudor le rodeaba por su faz flaca y pálida; el sudor goteaba el suelo, marcando el paso del hombre.

Kurban se tambaleó, respirando pesadamente.

—¡Buena obra patronal!—exclamó Mokharram, saliendo y ayudando a Kurban a transportar su carga.

—Kurban se ha herido un pie en la fábrica y ha pedido al patrono un trabajo más fácil. ¿Qué le ha contestado el patrono? Le ha llamado holgazán y le ha amenazado con echarle. ¿Es ésta una razón para respetar al patrono?

Salman se volvió, murmurando:

—Se pierde el tiempo hablando con un hombre



que no tiene sentido. Yo te aconsejo que tengas la lengua menos larga y que la frenes un poco.

\* \* \*

Mokharram comía en una taberna—un “tchaï-khané”—del bazar. Esto sólo tenía la ventaja de que por allí pasaba mucha gente y se veían muchas cosas nuevas, se hablaba y se aprendían cosas.

Mokharram se había fijado el día anterior en un recién llegado. Decía ser extranjero. Se notaba en sus ropas y en su actitud. A la “tchaï-khané” llegaban con frecuencia nuevos clientes. Por lo general, eran comerciantes. Pero éste no parecía un comerciante. No estaba comprando nada, no estaba tratando con las gentes del mercado, al lado de las básculas; por el contrario, lo observaba todo con gran atención y hacía muchas preguntas.

Mokharram le estaba estudiando. El extranjero tenía cara agradable, abierta y una barbita negra. Su mirada era atenta, simpática. Un hombre con aquellos ojos no podía ser ni orgulloso ni malo. Pa-

recía, sin embargo, haber rodado mucho por el mundo y haber vivido mucho.

Mokharram se fijó en que el extranjero no se separaba de una pequeña carpeta de cuero. ¿Qué podía haber allí dentro? Debía contener dinero, puesto que el extranjero le prestaba tanta atención.

—Habrà que dirigirle la palabra, preguntarle quién es y qué viene a hacer aquí—decidió Mokharram.

Era día de mercado y la “tchaï-khané” estaba atestada. Sólo había un sitio libre en la mesa del extranjero. Mokharram le lanzó una mirada tímida, sin afreverse a acercarse. El extranjero pareció comprenderle, y señaló al joven mecánico la silla vacía. Mokharram se sentó en seguida y se dispuso a entablar conversación.

—¿Todavía está usted aquí?—le preguntó rápidamente, sin darse cuenta de lo inconveniente de la pregunta.

El extranjero lo miró sorprendido. Mokharram se puso colorado, y el extranjero, viéndolo confundido, le sonrió.

—Hoy es el último día que me quedo aquí.

La pronta marcha del extranjero entristeció a Mo-

kharram. Una curiosidad inquieta le hizo hablar de nuevo :

—¿Se va usted esta noche o mañana temprano?

—Quiero irme esta noche.

—¿Ha terminado usted sus asuntos?

—¿Qué asuntos?

La cara de Mokharram se llenó nuevamente de fuego. ¡Habría vuelto a hacer una pregunta torpe! ¿Qué podían importarle a él los asuntos de otros? Pero era extraño que su interlocutor hiciera ese gesto ceñudo al oírle hablar de sus asuntos.

—¿Es que no tiene usted asuntos aquí?—preguntó Mokharram, confundido.

Sólo obtuvo una respuesta vaga, y, herido por la desconfianza del extranjero, se calló. Al cabo de algunos minutos, el extranjero inició de nuevo la conversación :

—¿Cuál es su ocupación?

—Soy obrero.

—¿Dónde trabaja?

—En la fábrica de tejidos.

El extranjero contempló atentamente al joven, golpeando suavemente la mesa con los dedos.

—Vuestra ciudad es muy agradable—dijo, cam-



biando de conversación. El cafetín estaba lleno de gente. Se respiraba con dificultad. La atmósfera, impregnada de olores, de vapores y de humo, estaba pesada.

—Vuestra ciudad me ha gustado—continuó diciendo el extranjero lentamente—. Pero no he tenido tiempo de verla bien. Debe haber por aquí jardines muy bonitos.

—Hoy tengo libre—se apresuró a decir Mokharram—. Si usted quiere, puedo enseñarle algunos rincones bonitos.

—Encantado—respondió el extranjero—. Y mirando su reloj, añadió: —Son las doce. Muy buena hora para el paseo.

Mokharram bebió rápidamente su té y se levantó.

\* \* \*

Mokharram condujo al extranjero por la ciudad, enseñándole todas las cosas interesantes que él conocía, esforzándose por dejarle una buena impresión.

Hablaba sin descanso; pero sentía, sin embargo, que el extranjero le escuchaba con indiferencia, pensando en sus propios asuntos. El joven acabó por callarse también. Entonces empezó a hablar el extranjero. Y Mokharram se admiró de nuevo. En vez de hablar de los jardines y de las curiosidades de la ciudad, su compañero le habló de la fábrica y de los obreros. Y cuanto más preguntaba sobre la fábrica, más se iba animando. Mokharram también se animaba; sin darse cuenta, hablaba del patrono y de los obreros. Sentía una especie de necesidad de expresar el descontento que había acumulado dentro de él.

—El mecánico Salman quiere que yo respete al patrono. ¿Por qué he de respetarle? ¿Es que él piensa en nosotros? ¿Se preocupa de nosotros? Siempre nos está llamando holgazanes y amenazándonos con echarnos a la calle. Y, desde luego, nos echa a la calle si no trabajamos hasta agotarnos. Y cuando ya estamos agotados y caemos al suelo, nos echa a la calle de todos modos. ¿Por qué respetarle, pues?

El extranjero había olvidado su curiosidad por la ciudad. Escuchaba con gran atención las protestas del joven obrero. Esta atención despertó en Mokharram una gran simpatía.

\* \* \*

Llegaron al fondo de un jardín y se sentaron sobre la blanda hierba, bajo las ramas de un peral viejo. Ahora hablaba el extranjero. Había visto mucho y conocía muchas cosas. Abrió al joven mecánico un mundo nuevo. Hacía tiempo que, sin darse cuenta, Mokharram había percibido, en la sociedad, el antagonismo de las clases. Detestaba a los explotadores, pero no hubiera podido decir por qué. Su conciencia estaba oscurecida por una especie de neblina que le impedía reconocer la realidad. Mokharram no podía comprender lo que sentía. Un descontento sordo hacía nacer en él una curiosidad inquieta y una modalidad febril.

Y he aquí un hombre que llenaba el vacío que había en su espíritu.

El corazón de Mokharram latía fuertemente. Sentía vértigo. Cada palabra del extranjero encontraba en su espíritu un eco preciso.

Cuando el sol se puso y aparecieron las pálidas estrellas, Mokharram y su compañero abandonaron el jardín. Lo que el extranjero llevaba en su pequeña carpeta de cuero estaba ahora detrás del cinturón de Mokharram. El joven apretaba los folletos contra su



pecho. Y regresó a su casa lleno de miedo de perder aquellos objetos preciosos.

\* \* \*

Mokharram comenzó una vida nueva. No cesaba de leer y releer los folletos. Lo que leía le parecía de una verdad indiscutible. Verdad que él había presenciado ya antes y que los folletos venían a confirmar.

\* \* \*

El pequeño Selim-bek se paseaba por la fábrica, con su tripa por delante. Sus visitas eran ahora más frecuentes. La voz penetrante del patrono cubría los ruidos de las máquinas y llenaba de miedo a los obreros.

—¡So holgazanes!, ¡so inútiles! ¡Yo estoy en dé-

ficit y vosotros ahí sin hacer nada! ¡Os estáis comiendo mi pan! ¡Os voy a echar a todos a la calle!

Mokharram escuchaba la voz tronante de Selim-bek y frunció el ceño. Recordaba haber leído un folleto en el que se comparaba al patrono con una araña. El patrono chupa la sangre a los obreros. Y cuando el obrero ya no puede procurarle beneficios, le echa a la calle despiadadamente.

Selim-bek era una de aquellas arañas. Gritaba, amedrentaba a los obreros y éstos trabajaban más cada vez. Los beneficios aumentaban; pero aquello no era bastante para Selim-bek. Ya había rebajado los jornales. ¿Es que quería rebajarlos más todavía?

Cuando Selim-bek se acercó y llamó al capataz y al mecánico Mokharram escuchó, conteniendo la respiración, inmóvil al lado de la máquina.

—Haced saber a los obreros que ya no estoy en situación de seguir pagando como hasta ahora. Desde hoy les pagaré solamente la mitad del trabajo que hagan.

A Mokharram se le cayó la alcuza de las manos. Un hilillo de aceite se extendió por el suelo. Pero Mokharram, estupefacto, no la recogió.

—Esto es peor que el bandidaje—pensó, furioso—.

Selim-bek rebaja nuevamente los jornales, y ni siquiera quiere pagarnos todo el trabajo.

Selim-bek se fué, saludado por el capataz y el mecánico.

Cuando la persona redonda del propietario hubo desaparecido, el capataz informó a los obreros de la rebaja de los jornales. La sorpresa paralizó a los trabajadores. Sus semblantes fatigados reflejaban indignación y asombro.

—¿Cómo vamos a vivir ahora?

El capataz se encogió de hombros despectivamente.

Poco a poco los obreros fueron encolerizándose. Las murmuraciones llegaron a cubrir el runruneo de las máquinas.

—Yo tengo una deuda que debo pagar. Si la pago, no tendré de qué vivir.

—Mi mujer está mala. Es necesario curarla.

—Lo que gano no alcanza para alimentar una familia.

—¿Cómo voy a vivir?

Nadie escuchaba estas voces. El mecánico y el capataz, en pie en la puerta de la sala de máquinas, asistían con indiferencia a la agitación obrera. Mokharrah se dirigió de pronto a los obreros:



—¡ Camaradas !

La excitación hacía temblar su voz :

—¡ Selim-bek nos roba ; es un ladrón !

—¡ Muy bien, muy bien !

Se hizo otra vez el silencio.

—El patrono es peor que los bandidos que despojan a los viajeros. Los bandidos arriesgan la vida, la libertad. Selim-bek no arriesga nada. Puede hacernos morir de hambre y nadie le pedirá cuentas. Nadie nos ayuda. No podemos contar sino con nosotros mismos. Debemos ir a la huelga y exigir el aumento de jornales.

Estas últimas palabras fueron inmediatamente comprendidas.

—¡ La huelga ! ¡ Dejemos de trabajar !

—¡ Paremos las máquinas !

—¡ Que el gordo Selim-bek trabaje él mismo !

Un grito de Salman, salido de la sombra, detuvo las exclamaciones :

—¡ A tu sitio, hijo de persa, si no quieres que te aplaste la cabeza !...

El mecánico esgrimía furioso un gran martillo ; pero no pudo llegar hasta Mokharram, porque Kur-

ban, un obrero fornido, se abalanzó sobre él y le arrebató el arma.

—¡La huelga!

Salman no se reunió a los obreros. Se arrancó de los brazos de Kurban y se marchó corriendo fuera de la fábrica.

Mokharram paró la máquina. La fábrica se quedó silenciosa. Las voces de los obreros repercutieron más fuertes, más autoritarias. Discutían sus reivindicaciones y designaban los delegados que irían a ver al patrono.

\* \* \*

Los delegados de los obreros, con Mokharram a la cabeza, fueron a casa de Selim-bek. Esperaron en un pequeño gabinete, cuyo piso estaba cubierto con un lujoso tapiz. Este tapiz representaba una fortuna. No se podría comprar ni con los jornales de un año.

Al fin fueron llamados al gabinete del patrono. Aquí se encontraron otra sorpresa. Selim-bek estaba

con el comisario de policía, y tumbado en una butaca, sonreía. La huelga parecía no inquietarle.

—Ya sé a lo que venís—dijo Selim-bek alegremente—. El comisario está aquí y nos ayudará a entendernos.

Y derramó sobre el comisario una sonrisa agradable. Luego continuó, dirigiéndose a éste:

—¡Figuraos lo que han hecho estos muchachos!... ¡Se han declarado en huelga, pidiendo aumento de jornales! Y Mokharram, a quien yo creía un muchacho inteligente y esperaba hacerlo mecánico, se ha convertido en el promotor de todo esto...

El rostro helado del comisario reveló una estupefacción fingida. Sus ojos fríos, grises e inexpresivos examinaron desdeñosamente a los delegados. No era ésta la mirada de un hombre. Era la mirada de un ave de presa que se preparaba a tirarse instintivamente sobre su víctima desarmada. Ante esta mirada, algunos obreros se colocaron detrás de Mokharram.

—¿Pero no saben—dijo el comisario—que no pueden suspender el trabajo en estos momentos?

Estas palabras del comisario fueron dichas en el tono de una orden. Mokharram tuvo una sacudida nerviosa. Habría querido responderle debidamente;



pero más valía contenerse. No estaba allí por razones personales.

—¿Qué hacer con unas gentes que no tienen en cuenta los intereses de la fábrica que los alimenta?

El comisario se levantó y apareció entonces más alto, más autoritario todavía.

—¿Es que vosotros queréis hacer la huelga?

El rostro del comisario se hizo terroso. Sus cejas erizadas hacían pensar en los pelos hirsutos del lomo de un perro furioso. Los labios estrechos, estremecidos por la cólera, se agitaban convulsamente entre la barba.

—¡La huelga!—gritó—. ¿Sabéis acaso qué castigo os espera si hacéis la huelga?

Una mano velluda, cerrada en un puño formidable, salió de la manga de su uniforme. Este puño se mecía en el aire como un martillo, buscando la cabeza sobre la cual descargase para aplastarla. Mokharram, pálido de coraje, estaba ante él, mirándole con una mirada vigilante.

—No harán la huelga—dijo Selim-bek con una voz dulzona—. Yo les perdono.

—Nosotros no necesitamos perdón, porque no somos criminales—repondió Mokharram brutalmente.

El comisario de policía, sorprendido, bajó el puño. Su boca negra se entreabrió y dejó ver la punta de la lengua absurdamente levantada. Esta actitud duró sólo un segundo y se resolvió en seguida en una explosión de cólera:

—¡A Siberia, idiotas; a presidio!

La voz del comisario hizo temblar los cristales.

—No hay razón ninguna para enviarnos a Siberia. Nosotros sólo reclamamos lo que se nos debe, y no reanudaremos el trabajo mientras no se nos pague.

Mokharram no gritaba. Hablaba fríamente, con calma y firmeza. Detrás de él, los obreros recobraron su coraje. Querían hasta hablar. Sus exclamaciones parecían amenazas.

El comisario temblaba, rabioso.

—¡Esto es una revuelta! ¡Yo os enseñaré a rebelaros!...

—Nosotros no hemos venido a revelarnos. Hemos venido a entendernos en el precio de nuestro trabajo.

—¡Quedáis arrestados!

El pie izquierdo del comisario avanzó un paso y su enorme puño se levantó imperativamente. Mokharram dió un paso hacia adelante, como para ofrecer su cuerpo. El comisario ni se atrevió a dar el golpe.

Le pareció que Mokharram le respondería con una puñalada y sintió en su cuerpo el frío agudo de la navaja. Dejó caer el puño sobre la empuñadura gastada de su sable. "Un fanático... un revolucionario", pensó.

—¡Fuera de aquí!—gritó con todas sus fuerzas.

Los cristales temblaron otra vez. Pero Mokharram no se arredró.

—Si no queréis hablar con nosotros—dijo despectivamente—nos iremos; pero la fábrica no funcionará en tanto no hayáis satisfecho nuestras reivindicaciones...

—¡Fuera de aquí!...

El comisario trepidaba.

Mokharram dejó pasar a sus camaradas y salió tras ellos.

El comisario se paseó de un lado a otro. Selimbek estaba asombrado. Había invitado al comisario para asustar a los obreros. Creía que regresarían inmediatamente al trabajo y las moneditas de oro seguirían cayendo incesantemente en sus bolsillos.

—Mokharram es la causa de todo... Sin él, los obreros ignorantes no habrían pesado jamás en la huelga...

—Es necesario que Mokharram se vaya. Es él



quien ha excitado a los obreros, quien los ha llevado a la huelga...

Selim-bek jadeaba, mientras, con gran trabajo, trataba de sacar de su dedo una sortija con un gran brillante montado en plata.

—Yo le haré desaparecer—dijo el comisario.

—¡Que no regrese jamás por aquí!...

—Le enviaré tan lejos, que no encontrará nunca el camino para regresar...

El comisario se apresuró a apoderarse de la sortija que le ofrecía Selim-bek y, encontrándola demasiado grande, se la guardó en el bolsillo.

Selim-bek se dirigió a la puerta e hizo llamar al mecánico Salman, que esperaba en la cocina.

\* \* \*

La fábrica se cerró. Las máquinas se quedaron mudas. El silencio absoluto inquietaba a los habitantes del pueblo. No se hablaba sino de la huelga. La palabra huelga se pronunciaba con una especie de res-

peto expresivo. Parecía tener posibilidades extraordinarias. Le daba a los obreros la facultad de suspender el trabajo contra la voluntad de los patronos. Paraba las máquinas. Apagaba las calderas. La huelga había transformado a los obreros. Se les veía entusiastas y llenos de confianza en ellos mismos, mientras los patronos, irritados, habían desaparecido de la circulación.

\* \* \*

Mientras la fábrica estaba vacía, las reuniones de los obreros se sucedían en la pequeña habitación de Mokharram. Este se había convertido de pronto en un organizador y un *leader*. Pero sentía la necesidad de consultar a alguien. Recordó a un camarada que se había enriquecido antes con su saber. Su consejo en este momento habría sido precioso. Resolvió escribirle para informarle del conflicto planteado.

La noche había caído cuando Mokharram terminó la carta. Un silencio completo reinaba en el pueblo.

La huelga había suspendido la vida social. Este era su triunfo.

Un ruido leve en la ventana hizo estremecer a Mokharram. Alguien trataba de entrar subrepticamente. Mokharram se levantó y, caminando con la punta de los pies, se dirigió a la puerta y la abrió bruscamente. Una forma humana huyó medrosa. Mokharram creyó reconocerla.

—¡Salman!—gritó, estupefacto.

La forma huyó y, saltando el muro, desapareció en las tinieblas.

—¿Qué quiere aquí?—se preguntó Mokharram, sorprendido. ¿Acaso quiere unirse a nuestro movimiento y tiene miedo de venir en pleno día? Pero, si es así, ¿por qué huye?

La fatiga rindió a Mokharram. Se tumbó sobre su lecho y se quedó dormido. Al amanecer le despertó un gran estruendo. Le alumbró una lámpara y vió atónito a varias personas. Toda la policía del pueblo estaba allí con Salman. El comisario hizo un gesto y un guardia se apoderó de Mokharram. Luego, dirigiéndose a Salman, dijo:

—Enséñenos qué es lo que tiene aquí escondido.

El mecánico buscó en los efectos de Mokharram



con la avidez de un perro de caza. Revolvió el lecho y extrajo del colchón la carta recién escrita. Luego, reconoció el piso en un sitio determinado, y los folletos y hojas aparecieron bajo unos ladrillos. Mokhartram hizo el ademán de arrojarlos sobre él; pero el puño férreo del policía lo mantuvo quieto.

\* \* \*

El mismo comisario de policía hizo el interrogatorio. Dos agentes condujeron a Mokhartram.

—¿Quién te ha dado esos folletos?

Mokhartram miró tristemente los folletos, y respondió:

—Nadie.

—¿De dónde los has sacado?

—Los encontré en la calle.

—Bien.

El comisario se rascó la barba erizada y lanzó sobre el joven una mirada amenazante.

—Y esta carta, ¿quién la ha escrito?

—No lo sé.

—El sobre no tiene dirección... ¿A quién le escribías?

—No lo sé... No tengo a quién escribirle.

—Míralo bien.

La voz del comisario se había convertido en un murmullo amenazador. Cogió la carta y se acercó a Mokharram.

—¿Tú no sabes nada?

—Yo no sé nada—respondió Mokharram firmemente.

La mano del comisario estrujó el papel. Un puño enorme cayó con la rapidez de un rayo en el rostro del prisionero. Mokharram cayó al suelo. Algo espeso le llenaba la boca. Escupió con gran esfuerzo. Un diente cayó entre una bocanada de sangre.

\* \* \*

Mokharram estaba en su celda como un león enjaulado. Iba y venía desesperadamente. Un deseo te-

rrible le atormentaba: ¡huir! Palpaba desesperadamente el muro. Si hubiera tenido un cuchillo habría podido abrir una brecha. Pero no tenía nada. Entre tanto, el tiempo pasaba lentamente. ¡Si hubiera podido ver siquiera a unos cuantos obreros para informarles de la traición de Salman! El había estado seguro de la victoria de los obreros. ¿Cómo terminaría ahora la huelga?

Un ruido confuso, lejano, llamó su atención. De un salto se tiró sobre la ventana y escuchó ansiosamente, mientras su corazón batía como un tambor... Era la máquina. La máquina se ponía en movimiento. Mokharram temblaba de cólera impotente y de desesperación.

La sirena de la fábrica rasgó el silencio matinal.

\* \* \*

Kurban, despedido de la fábrica, trabajaba en su jardín. Cuando la tristeza le atormentaba se ponía a cantar la canción que él mismo había compuesto:



Y Mokharram está en Siberia.

“¡Hay, hay hombres malvados!

Pero Salman es el peor,

Es el perro de Selim-bek.

Salman traicionó a los obreros.

Nos dijo: “Volved al trabajo,  
volved, y Mokharram regresará.”

Hemos vuelto al trabajo.

Y Mokharram está en Siberia.”

Así cantaba Kurban mientras podaba los árboles.

\* \* \*

El pueblo reanudó su vida habitual. Pasaron los días, los años. Selim-bek había engordado más. Los obreros, esquilado y hambrientos, eran más numerosos. Salman era el amo. No se sabía quién era peor.

A fines de 1917, Selim-bek llamó a Salman, y le dijo con inquietud:

—En Rusia andan mal las cosas.

Salman respondió firmemente:

—No importa. Nosotros no estamos en Rusia. Aquí arreglaremos en seguida todas las cosas.

Ni en 1917 ni en 1918 lo que pasaba en Rusia llegó hasta las montañas del Cáucaso. Las repúblicas nacionales y las tropas blancas separaban la Transcaucasia de la revolución.

De pronto, el torrente revolucionario inundó el país y barrió todos los obstáculos.

El viejo Kurban, olvidando sus años, corrió por el pueblo, anunciando con voz juvenil la buena nueva:

—¡Ha llegado Mokharram! ¡Mokharram, nuestro espíritu, nuestro corazón!...

\* \* \*

Salman fué conducido al Tribunal entre dos guardias.

La mesa estaba cubierta con una tela roja. Varios hombres estaban sentados ante ella. Algunos de ellos parecían soldados.

—Yo no soy nada—dijo Salman en voz baja—. Yo no he hecho sino ejecutar las órdenes del amo...

—Si el amo te hubiese ordenado beber la sangre de los obreros, ¿le habrías obedecido?

La voz que acababa de hablar estremeció a Salman, que retrocedió aterrorizado.

—Mokharram... Es él...

Los dientes de Salman castañetearon. Todo su cuerpo tembló. Sus ojos, agrandados por el terror, no se quitaban de Mokharram.

\* \* \*

Hacia la medianoche, se abrió la puerta de la celda que ocupaba Salman y entró Mokharram con una linterna en la mano. Salman, al reconocer a su visitante, dió un grito de pavor.

—Haces mal en gritar—dijo Mokharram dulcemente—. No vengo a matarte ni a hacerte sufrir. Vengo a otra cosa... Salman: tú me has hecho mucho daño. Pero no es por esto por lo que te juzgarán;



es por el daño que has hecho a los obreros. Mira: aquí están las declaraciones que hiciste a la policía contra mí. Todas tus calumnias están aquí... Yo rompo estos papeles y los quemo.

Los papeles ardieron y llenaron la celda de una luz dulce y tibia.

—He quemado los papeles—dijo Mokharram—. Pero eso no quiere decir que te van a poner mañana en libertad. El recuerdo del mal que tú me has hecho ha desaparecido, pero subsiste el del mal que has hecho a la revolución. Y es la revolución la que te va a juzgar...

Mokharram cogió la linterna y salió... Salman se acercó a tientas a palpar las cenizas. No dudaba de las palabras de Mokharram. No esperaba ninguna venganza. Pero el Tribunal de la revolución le esperaba a él.

—El Tribunal de la revolución...—pensaba—. Es peor que la venganza de un hombre.

Entre los dedos convulsos del hombre las cenizas se convirtieron en polvo.

*G. Nazarli.*



Ayuntamiento de Madrid



El próximo número de la  
«BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS»  
se titulará:

# Magos, pastores y otros belenes

y analiza y pulveriza las consejas recogidas por los evangelistas Mateo y Lucas sobre el nacimiento de un dios, análogo a otros anteriores, también hijos de virgen.

**EJEMPLAR, 25 CÉNTIMOS**

Pedidos a reembolso, 30 por 100 de descuento.

— o —

## “EDICIONES LIBERTAD”

ROMA, 41. — MADRID

Ayuntamiento de Madrid